



# Homilía

## Viernes Santo: celebración de la Pasión del Señor

*Santa Iglesia Catedral, Viernes Santo 22 de abril de 2011*

*Queridos hermanos sacerdotes; hermanos/as todos en el Señor:*

Impresiona, a pesar de la sobriedad de los signos, la gran fuerza dramática de esta celebración del Viernes Santo, que, además de la lectura del relato completo de la Pasión según San Juan, tiene uno de los momentos más importantes en la **“Adoración de la Cruz”**. Dos ideas quisiera destacar sobre dicho acto.

La primera nos viene de la tradición de la Iglesia, que ha contemplado la Cruz como el **“árbol de la vida”**, situado en el Paraíso, en el Edén, junto al árbol –del conocimiento del bien y del mal- de cuyo fruto comieron Adán y Eva, consumando así, soberbiamente, el primer pecado de la humanidad. Pues bien, si el fruto de este árbol fue un fruto de muerte, a pesar de su hermosa apariencia, la Cruz de nuestro Señor Jesucristo ha venido a ser, en cuanto que ha devuelto al hombre la comunión con Dios, mediante su propio sacrificio, su propia pasión.. ha venido a ser –decimos- el verdadero **“árbol de la Vida”**.

De la Cruz, árbol de la Vida, pende Jesús, **“nuevo Adán”** –como lo llama San Pablo-, primogénito de la **“nueva creación”**, que destruye en su cuerpo el pecado, precisamente asumiendo en Sí mismo el pecado de todos los hombres, y con él las consecuencias del pecado, es decir, el sufrimiento y la muerte. Pagó en su carne –como cantamos en el Pregón Pascual- **“la deuda de Adán”** para devolvernos la salvación y la alegría, para reencontrar nuevamente el camino del Paraíso, que es la comunión con Dios, nuestro Padre.

Y si Jesús, **“nuevo Adán”** pende de la Cruz, a la que podemos mirar hoy –como lo hace San Juan- como un **“trono”** glorioso, a sus pies está María, su Madre, también contemplada como la **“nueva Eva”**, en una imagen que, más allá de sí misma, nos hace presente a la Iglesia, **“esposa”** de Cristo, y salida también de su **“costado abierto”**, como lo fuera Eva sacada del mismo seno de Adán (cf Gén 1, 21ss).

En efecto, el Evangelista está viendo cómo en la sangre y el agua que brotan del costado de Jesús, traspasado por la lanza del soldado, están representados los Sacramentos de la Iglesia que constituyen como la **“fuente”** de los cuales mana toda la vida de gracia de la Iglesia, a través del Bautismo y la Eucaristía (cf Jn 19, 34).

La Cruz ha devenido **“árbol de la Vida”**. La segunda idea también está contenida en la misma mirada que **“transfigura”** la Cruz precisamente en lo opuesto de lo que representa. San Pablo, hablando de la **“sabiduría de la Cruz”**, habla de un misterio, de

“.. una sabiduría misteriosa, escondida, destinada por Dios desde antes de los siglos para gloria nuestra, desconocida de todos los príncipes de este mundo, pues de haberla conocido nunca hubieran crucificado al Señor de la Gloria” (cf 1 Co 2, 7-8)

La Cruz de nuestro Señor Jesucristo ha devenido **“árbol de vida”**. **“Era necesario que el Mesías padeciera eso para entrar en su gloria”**, desvela el mismo Jesús a los discípulos de Emaús, el mismo día de la resurrección:

“Y empezando por Moisés y continuando por todos los Profetas, les explicó lo que había sobre él en todas las Escrituras” (cf Lc 24, 26-27).

Por eso, el sufrimiento de la Cruz no ha sido un sufrimiento inútil. Como no lo es tampoco todo sufrimiento del hombre que se une, por la fe, a esta donación del Hijo de Dios, a favor de sus hermanos: **“Si sufrimos con El, viviremos con El”** (2ª Tim 2, 11s).

Contrasta, por tanto, esta sabiduría que nos muestra el Apóstol, con el sentir del mundo, de todas las épocas, que se rebela contra Dios, negando incluso su existencia, precisamente por el hecho del sufrimiento y de la muerte. Mucho más en nuestro siglo, tan soberbiamente orgulloso de los logros del hombre en todos los órdenes de la ciencia y el saber, y sin embargo, con un corazón tan ciego para encontrar el verdadero camino de la sabiduría.

Es antigua la objeción que plantea que la misma existencia del dolor es la prueba de que o Dios no existe si no tiene poder para impedir el mal y el sufrimiento, o bien es un dios malo porque no quiere quitarlo. Recordamos con cuánto desdén se refería el filósofo Nietzsche al **“Crucificado”, “escandalizado”** –como apunta San Pablo- de que para nosotros, los cristianos, la Cruz es la expresión del **“amor de Dios”** puesto que Jesús Crucificado es nuestro Salvador:

“... al cual hizo Dios para nosotros sabiduría de origen divino, justicia, santificación y Redención” (cf 1 Co 2, 30)

En efecto, Jesús no ha venido a utilizar el poder de Dios violentamente. **“Mete la espada en la vaina** –le dijo a Pedro- **quien a espada mata, a espada muere”** (cf Mt 26, 52).

Leyendo la Pasión según San Juan vemos cómo el poder de Dios es un poder de salvación: **“porque Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por Él”** (cf Jn 3, 17). De esta Verdad se ha sabido testigo Jesús, como le confesó a Pilatos: **“Yo para eso he venido, para ser testigo de la Verdad”** (Jn 18, 37). Y esta misma verdad será la que nosotros confesemos esta tarde, mediante el gesto humilde de la adoración de la Cruz.

Por eso la potencia del árbol de la Cruz, la fortaleza martirial que evoca y transmite, ha sido desde el principio y a lo largo de toda la historia de la Iglesia, un manantial de gracia, de fe, consuelo y esperanza. El madero como tal ha sido visto como el **“lecho de amor”** donde el **“Cordero de Dios que quita el pecado del mundo”** se ha desposado con su Esposa, la Iglesia, por amor a toda la humanidad, porque en la Cruz,

“En Cristo estaba Dios reconciliando al hombre consigo” (cf 2 Co 5, 19).. “no tomando en cuenta las transgresiones de los hombres”... Pues “a quien no conoció pecado, le hizo pecado por nosotros, para que viniésemos a ser justicia de Dios en él” (5, 20-21)

Por tanto, la adoración de la Cruz es para nosotros una invitación a que seamos testigos de la verdad. Como el sufrimiento, el dolor, la limitación, es decir, lo que la cruz representa, es lo que nos relativiza pero al mismo tiempo nos sitúa en lo que somos, criaturas frágiles y débiles, necesitadas en todo momento del amor y la misericordia del poder creador de Dios que nos ha traído a la vida, para el hombre soberbio, que quiere ser dios de sí mismo y el único juez que determine lo que está bien y lo que está mal, aceptar la imagen de la Cruz lo considerará siempre como una **“locura y necedad”** (1 Co 1, 23).

Por eso, a nosotros el sentimiento que nos brota de la contemplación de este misterio es el agradecimiento al Señor porque –como nos dice San Pedro-

“sus heridas nos han curado... éramos como ovejas descarriadas, pero ahora hemos vuelto al Pastor y guardián de nuestras almas” (1 Pe 2, 24s).

La gratitud y la humildad son las dos actitudes fundamentales que hoy afloran en el corazón del cristiano y en la vivencia comunitaria de toda la Iglesia.

**“Señor, danos tu Gracia”**, eso significa venir a besar la cruz. Señor, yo quiero ir contigo caminando por este mundo, porque con la gracia de Dios se afrontan las enfermedades, el mal, .. Señor es verdad, no soy Dios, yo te necesito, ... necesitamos de Ti, porque la fe en Ti y la confianza que tu gracia derrama sobre nosotros, nos permite esperar pacientemente que la victoria final es la del Amor.

Amor que tan generosamente nos ha mostrado Dios en la Pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo. De ahí que ante la Cruz, brote la oración. Por eso, hoy es el día, como antes lo hemos vivido, de la solemne **Oración Universal** de toda la Iglesia por todos los males, necesidades y sufrimientos del mundo. Y también

por todos los que son incapaces de ver o comprender este misterio. Contemplemos, pues, ese árbol de la Cruz; entremos a adorar al Señor y pidamos confiadamente diciendo:

“Señor dame tu gracia, porque con tu gracia el mal no me destruye. Todo lo puedo en aquel que me conforta. Sólo tu gracia es suficiente para caminar con paz y alegría. Con tu gracia, sé que a todos nos tienes reservada una herencia de vida y amor para toda la eternidad”.

**+ José Mazuelos Pérez**  
Obispo de Asidonia-Jerez